

de un golpe sus cadenas, y el dueño de los corazones le dió un corazón nuevo.

El fruto de su agradecimiento debe ser el agrado, el sufrimiento y la caridad para con los prójimos que se desca- minan. Muchas veces los justos miran con aspereza y des- precio á los pecadores, y lejos de compadecerse de su des- gracia y de pedir á Dios que los convierta, ponen toda su virtud en huir de ellos como de objetos contagiosos, en las- timarse de ellos como si su mal no tuviera remedio, ó en censurarlos, como si la caridad, que siempre es inexorable con el pecado, no fuera indulgente con el pecador.

¿Pero quién sois vosotros para poner límites de este mo- do á la divina misericordia y desesperar de la salvacion de vuestro prójimo? ¿no pudo la gracia triunfar de toda la cor- rupcion de vuestros corazones? Luego no hay cosa que no debais esperar de ella para vuestros prójimos; el prodigio de vuestra conversion os debe disponer á ver sin admiraros las conversiones menos esperadas. ¿Qué sabeis si los que hoy parecen enemigos de la virtud, los que se oponen al celo y á las buenas intenciones de los justos, los que patrocinan con su autoridad los públicos desórdenes, serán algun dia los primeros para los santos ejercicios, serán los protectores de la virtud, los asilos de la misericordia y el apoyo del celo y de la verdad? ¿Quién hubiera jamás pensado que Manasés, que habia introducido la abominacion en el lugar santo y borrado hasta los vestigios del culto del Señor en Jerusa- len, habia de llegar á ser algun dia el restaurador del tem- plo y de los sacrificios y protector del ministerio de los hi- jos de Aaron? Aun mas; ¿qué sabeis si ese pecador á quien mirais son tanto horror, será llamado y vosotros desprecia- dos? ¿Si él se levantará y caereis vosotros, que estais aho- ra de pie, para nunca mas levantaros? Nadie creeria, sin

duda, que la pecadora de Jerusalem habia de llegar á ser la mas tierna amante de Jesucristo, y que Judas, que era su discípulo y depositario de su amor, habia de morir traidor y desesperado. ¿No tiene el Señor en sus manos los cora- zones de todos los hombres? Adorad, pues, sus eternos con- sejos en orden á sus destinos, y respetad siempre en los pecadores ó los derechos que se reserva la gracia sobre su voluntad para santificarlos, ó el que puede valerse de ellos, no solamente para la instruccion, sino tambien para prue- ba y mérito de los justos.

Y primeramente, aun cuando los pecadores no sirvieran de mas que de dar nuevo realce á la fidelidad de los justos con la ocasion de su mal ejemplo, seria siempre una gloria inmortal para la virtud el poder resistir á ellos, porque ade- más de que se necesita de fuerza para resistir al mal ejem- plo que se tiene siempre á la vista, particularmente quan- do se halla favorecido con las inclinaciones corrompidas de la naturaleza, son estos unos ejemplos que la amistad, el parentesco, el interés, la complacencia y el respeto hacen mas poderosos y mas á propósito para engañar al justo; es- te tiene que defenderse de sus jefes, de sus amigos, de sus parientes y de sus protectores. Es preciso que los ame, que los respete, que los trate, que los dé gusto, y al mismo tiempo tenga valor para no imitarlos. Es preciso que la vo- luntad de éstos le sirva de ley, sin que tenga sus acciones por modelos. Finalmente, necesita evitar unos ejemplos autorizados por la multitud, y no dejarse arrastrar de las costumbres comunes y de los usos que ya están estableci- dos: es necesario que tenga valor para ser singular y sufrir con fortaleza la burla que hace el mundo de la singulari- dad: es preciso que él solo tenga valor para condenar con su modo de vida lo que está mas autorizado entre los hombres;

para pasar la plaza de una alma cobarde y tímida, despreciando los juicios de los hombres como sus ejemplos. De este modo el justo con su fidelidad honra la grandeza del dueño á quien sirve, y es en el mundo un espectáculo digno de los ángeles y del mismo Dios.

Pero no solamente los malos ejemplos de los pecadores dan mayor realce á la fidelidad de los justos, sino que su malicia proporciona tambien á su virtud mil gloriosas pruebas. Porque católicos, si la virtud no hallara oposicion, si no fuera oprimida y perseguida, aunque tuvieran los justos el mérito de la inocencia, no tendrían el de la fidelidad. Si su piedad no hallara acá en la tierra mas que aplausos y respetos, seria demasiado agradable el camino para ser seguro. Si todos aplaudieran la virtud, presto se destruyera á sí misma; esta peligrosa calma la adormecería; estos favores humanos la debilitarian; estos aplausos públicos, ó corromperian su raiz ó la servirian de desquite en las penas. El reino de la virtud no es de este mundo; las contradicciones la mantienen, las tempestades la confirman, las persecuciones la prueban y las tribulaciones la purifican.

Esta es la utilidad que la divina sabiduría saca de la malicia de los pecadores, como dice San Agustín; los sufre; ¿qué digo sufrir? los favorece de tal modo, que algunas veces se escandalizan sus siervos, con el profeta, de la prosperidad de los impíos. Por eso parece que acá en la tierra siempre les están destinados el poder, el imperio y la autoridad; parece que una mano invisible los eleva, los protege y los hace crecer para que sean mas á propósito para el cumplimiento de los eternos designios de la Providencia para con los justos. Son unos instrumentos de justicia, destinados á ejercitar su fe, y aunque inútiles para sí mis-

mos, sirven á lo menos á las adorables disposiciones de aquel Señor que sabe sacar bien del mal, y para la eterna salud de sus prójimos. De este modo todas las cosas y aun los mismos impíos, cooperan al bien de sus escogidos; oprimiéndolos, hacen que resplandezca su paciencia; cargándolos de burlas y oprobios, proporcionan nuevas victorias á su caridad; tratándolos de engañadores y de hipócritas, libran su piedad de la tentacion de los aplausos y alabanzas; despojándolos de sus bienes, purifican su desasimiento; suscitando obstáculos y contradicciones á su virtud, coronan su perseverancia; y antiguamente, aun hizo mas santos el furor de los tiranos, que el mismo celo de los apóstoles.

En este punto, católicos, vosotros que servís al Señor y caminais por la senda de sus mandamientos, en este punto no siempre os aprovechais de vuestra fe: quisiérais que la devocion siempre fuese amparada, favorecida y aun preferida al vicio acá en la tierra en la distribucion de las gracias y de los honores; no mirais como debeis á los pecadores que desprecian ú oprimen la virtud, no los mirais como debeis en las manos de Dios y en el orden de su providencia. Quisiérais que fuese humillada la soberbia de los impíos y que el Señor arruinase aquel coloso de grandeza y de poder sobre que se elevan y del que se valen para afligiros. Veis con dolor que muchas veces ocupan los primeros puestos los protectores del vicio y los despreciadores de la virtud; parece que quisiérais que la piedad recibiese acá en la tierra su recompensa, y que en vez de las cruces y tribulaciones que deben ser su galardón, gozase de los honores, del poder y de las distinciones que no la están prometidas en el mundo. Pero no conoceis que vuestros injustos deseos quitan á la sabiduría de Dios el principal me-

dio de salvacion, que en todos los siglos ha preparado á sus siervos, y que por proporcionen un vano triunfo á la virtud, la quitais la ocasion y el mérito de sus verdaderas victorias.

Además de que la malicia de los pecadores prueba y purifica la fe de los justos, sus escándalos y desórdenes los afligen, y arrancan de su piedad gemidos de celo y de compasion que le sirven de nuevo mérito en la presencia del Señor. Ultima utilidad que sacan los justos de su confusion con los pecadores.

Siendo testigos de la general corrupcion y del diluvio de culpas de que parece estar inundado el mundo, se consumen de dolor como el profeta; se sienten despedazar con las mas vivas impresiones del espíritu de Dios, como Pablo, á vista de los desórdenes é impiedades de Atenas: *Incitabatur spiritus ejus in ipsum*.¹ Quieren morir de tristeza como Elías al pié de la montaña, al ver las prevaricaciones de Israel; piden, como Jeremías, una fuente de lágrimas para llorar los excesos é iniquidades de su pueblo; desean, como Moisés, ser borrados del libro de los vivientes, por no ser testigos de la incredulidad de sus hermanos; y suspiran como Daniel por el fin de la cautividad, por la libertad del pueblo de Dios y por la venida del Rey eterno.

Este es el fruto que saca la piedad de los justos de los desórdenes y escándalos de que son testigos. Y á la verdad, católicos, el que tiene fe, el que tiene celo de la gloria de Dios, el que le sirve y le ama, ¿podrá ver con tranquilidad é indiferencia lo que pasa en el mundo? ¿podrá ver destruidas las máximas de Jesucristo, deshonorados sus misterios, despreciados sus siervos, olvidadas sus promesas, y

¹ Act. 17. v. 1.

aun debilitado el terror de sus amenazas con las blasfemias de la incredulidad? ¿podrá ver perpetuados los rencores, honradas las venganzas, las infidelidades del matrimonio hechas motivo, no del horror, sino de la burla pública y de las canciones satíricas y profanas; autorizados los vicios, los teatros impuros convertidos en diversiones públicas de los cristianos, y colocado el arte de inspirar las mas vergonzosas pasiones entre las artes que son útiles á los pueblos, gloriosas á los reinos y por las que se levantan estatuas á sus inventores?

Algunas veces os persuadís, católicos, que vivís en la piedad, al mismo tiempo que condescendeis con el mundo; que el comercio del mundo y de sus placeres, con tal que no se excedan ciertos límites, no está prohibido á la virtud, y que los justos deben distinguirse de los mundanos, mas por las disposiciones del corazon que por las costumbres exteriores, ó por huir con demasiado rigor de sus diversiones y concurrencias. ¿Pero si sois de Jesucristo, sereis capaces de experimentar alguna alegría en el mundo! ¡Ah! ¿qué podreis ver en él que no atraviere vuestro corazon con el mas vivo dolor? ¿os podrá servir de diversion una impiedad? ¿podreis oír las murmuraciones mas injustas, aplaudir el lenguaje profano de las pasiones, alabar los proyectos frívolos é insensatos de la vanidad, y ser aprobadores de sus preocupaciones y costumbres? ¿podreis ver crucificar á nuestro Señor Jesucristo y alegrarse con sus enemigos, aunque no tengais parte en sus culpas? Finalmente, ¿podreis ver á todos los amadores del mundo, danzando como locos, y correr con los ojos vendados al precipicio? ¿podrá un espectáculo tan triste servir de objeto que divierta vuestra ociosidad ó que disipe vuestros enfados?

Pero aun digo mas, ¿podreis contener vuestras lágrimas

en este caso? ¡Qué violencia! ¡qué situación tan penosa es el comercio del mundo para una alma que ama á su Dios, aun cuando sus obligaciones y su estado la precisan á vivir en él! Buscáis al mundo para descansar de vuestras fatigas, pero debiérais huir de él para excusaros los mas amargos instantes de una santa tristeza. Al salir del mundo es cuando verdaderamente necesitáis de descanso y cuando vuestro espíritu, fatigado con tantas imágenes funestas, debiera ir á consolarse á los piés de Jesucristo. ¡Ah! si aun podeis, no digo hallar algun placer en el mundo, sino verle sin dolor y sin gemir interiormente por los juicios de la ira de Dios que ejerce Su Majestad sobre los hombres, puede ser que no aborrezcais unos abusos que os dejan tan tranquilos, puede ser que aun tengais en vuestro corazon las mismas pasiones que no extrañais en los demás.

Vé á Jerusalem, decia en otro tiempo el Señor al ángel exterminador, señala en la frente y perdona á los hombres que gimen y están afligidos por las iniquidades que en ella se cometen: *Transi per medium Jerusalem, et notavis signum super frontes virorum qui ingemunt, et mœrent ob iniquitates quæ fiunt in medio ejus.*¹ Este es el mas esencial carácter de los justos, esta es la señal decisiva por donde se les conoce; todos los demás habitantes de Jerusalem son entregados al furor de la espada y de la venganza del cielo; solamente el corto número de justos que gime, es perdonado y señalado en la frente con el sello de la salud. El Señor no reconoce por suyas sino aquellas almas que movidas del celo de su gloria, derraman continuamente en su presencia la amargura de su corazon por las iniquidades de su pueblo y todos los dias le dicen con un profeta: Mirad,

¹ Ezech. 9. v. 4.

Señor, desde lo alto de la morada de vuestra gloria, y ved: *Attende Domine de caelo, et vide de habitaculo sancto gloria tuæ.*¹ ¿Dónde está vuestro celo? ¿dónde la fuerza de vuestro brazo? ó á lo menos, ¿qué se han hecho las entrañas de vuestras antiguas misericordias para con vuestro pueblo? *Ubi et zelus tuus, fortitudo tua, multitudo viscerum tuorum?* Porque vos sois aún nuestro Padre, no obstante nuestras iniquidades: Abraham, de quien nos preciamos ser hijos, y todos los santos protectores de este imperio, en los que ponemos nuestra confianza, parece que nos han abandonado si vos no nos mirais con ojos propicios: *Tu enim Pater noster, et Abraham nescivit nos.* ¿Por qué habeis permitido, Señor, que nos háyamos apartado de vuestros santos caminos? *Quare errare nos fecisti Domine de viis tuis?* ¿Por qué habeis dejado endurecer nuestro corazon para que no os temiésemos? *Quare indurasti cor nostrum, ne timeremus te?* Miradnos, Señor, atendiendo á los siervos fieles que aun os conservais entre las tribus de vuestra herencia: si nuestras infidelidades avivan aún en vuestras manos el rayo que ha de herirnos, desármeos, Señor, la fe y la piedad de tantas almas santas que aun veis entre nosotros: *Convertere propter servos tuos, Tribus hereditatis tuæ.* Sí, Señor, toda la gloria de Judá está extinguida; este reino, tan ilustre en otro tiempo por la fe de nuestros padres, por la piedad de sus soberanos, por la sangre de tantos mártires y por la santidad y ciencia de vuestros ministros, sigue todas las costumbres de las naciones corrompidas y perversas; la incredulidad se levanta en él insensiblemente sobre las ruinas de vuestro culto; otra vez tenemos necesidad de que vuestra misericordia nos suscite hombres apostólicos, como

¹ Isai. 63. v. 16.

los primeros que vinieron á anunciar la fe á nuestros mayores, cuando aun estaban sentados en las tinieblas de la muerte y de la idolatría; y nosotros ya hemos vuelto á ser casi los mismos que éramos antes de que vos fuéreis nuestro Señor, y que se invocase entre nosotros vuestro santo nombre. *Facti sumus quasi in principio cum non dominareris nostri, neque invocaretur nomen tuum super nos.*

Estos son los gemidos de la fe y el uso que deben hacer los justos de su confusion con los malos con quienes viven. Y vosotros, católicos, los que sois aún la zizaña de este divino campo, mirad á los justos que habitan entre vosotros, como los mas felices recursos de vuestra salvacion; respetadlos ya que no os resolveis á imitarlos; uníos á ellos si es que aun podeis seguirlos; desead el serlos semejantes, si es que aun no podeis alcanzar de vuestra flaqueza mas que deseos; favoreced sus santas obras, si es que aun no podeis ejecutarlas vosotros mismos; y respetando la virtud, procurad merecer el don precioso de aquel Señor que no deja sin recompensa deseo alguno de fe y de piedad. Amen.



SERMON

PARA EL MIERCOLES

DE LA TERCERA SEMANA DE CUARESMA.

SOBRE EL VERDADERO CULTO.

Populus hinc labiis me honorat, cor autem eorum longe est a me.

Este pueblo me honra con los labios; pero su corazón está distante de mí.

MATTH. 15. v. 8.

Ved aquí, católicos, la nueva alianza, esto es, ved establecida la religion del corazón, levantado el culto espiritual sobre las ruinas de la supersticion y de la hipocresía, preferidas la obediencia y la misericordia á las ofrendas y víctimas, opuesto el espíritu que vivifica á la letra que mata, despreciada la carne que de nada sirve, anunciada la piedad que es útil para todo; en una palabra, las tradiciones humanas, las doctrinas nuevas, los errores populares y la

TOM. IV. — P. 37.